

Niebla y nieve al cubo

Perfe Rodríguez

La niebla siempre me ha producido una especial fascinación. Bajo su influjo espectral todo parece como una pintura de pastel o acuarela. La realidad se difunde y se hace inconcreta, sin contornos. No hay límites.

Niebla y nieve. Palabras parecidas; sensaciones diferentes a veces unidas. La nieve les gusta a todos los niños. En mi caso me sigue gustando, o sigo siendo un poco pequeño.

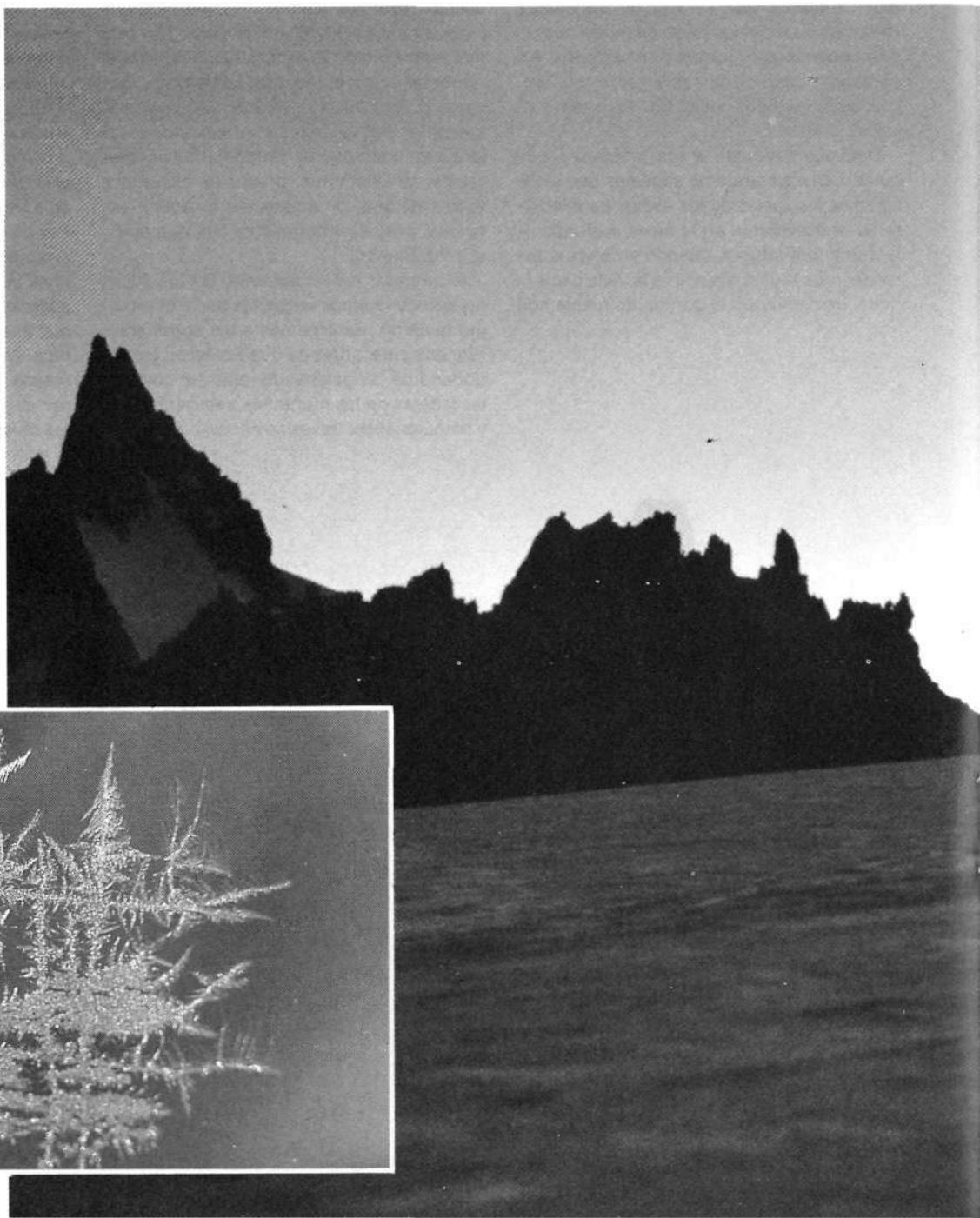
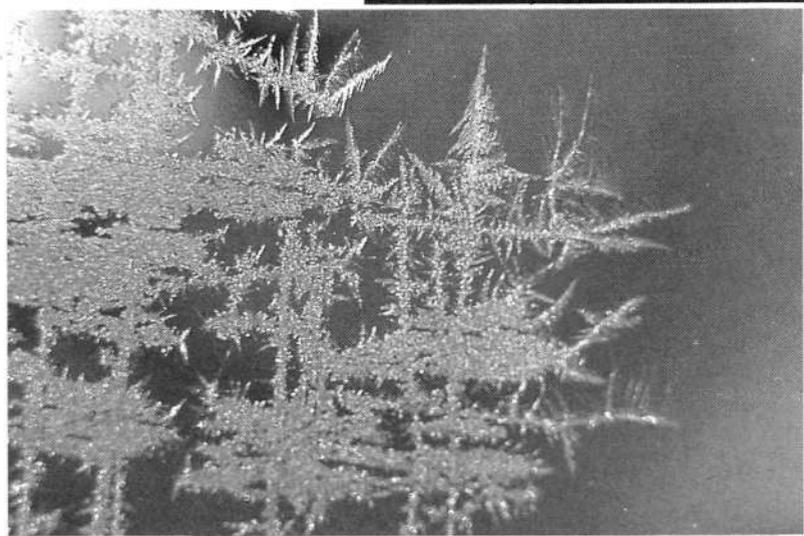
Es necesario tener una parte de locura para vivir en este mundo. ¡Qué más da tener otra para escapar de él! Y mi otro mundo es blanco y frío, real y duro a veces, entrañable como un cuento.

Pero todo se empieza a deshacer cuando llega la niebla, sobre la nieve.

Finalista del Concurso de artículos Pyrenaica 1985
«por haber conseguido entrelazar con éxito un momento señalado de su vida habitual, con sus vivencias en la montaña.»

*Pensando,
un poco, en cosas.*

Una pincelada.



¿Y detrás, qué se puede tocar? Porque, hay algo, ¿o es todo imaginado?

En cuanto empiezas, ya todo es igual... Pero en esta igualdad, si existe un cuadrado no se puede pasar nada de un término a otro. Todo sumando del conjunto debe seguir una ley dada para que se anulen los términos. Como una niebla.

Hay hielo, abundante pero frágil. Hay una persona pero está cada vez más perdida en medio de un cuadro de colores difusos, peleando sin guerra. Dentro de mí el ruido de mi corazón. Fuera, el rozar de la nieve.

Una pincelada. Un golpe, dos, tres, infinitos, como una sucesión indefinida. He perdido la incógnita. ¿Qué es lo que tenía que preguntarme? ¿En función de qué pongo la razón para hacer esto? Entre nubes de nieve, entre rocas calladas, clavar mi piolet, el mar-

tillo, el piolet, el martillo... No controlo muy claramente quién es herramienta de quién. Soledad en este cuadro no es sólo una palabra, tampoco locura. El aire me hiela la cara. La maldita fórmula me asalta la cabeza, como niebla. No puedo recordar, ¿el examen era el miércoles, o el jueves?

De repente, claridad. Y ahora ¿qué pasa? ¡Maldito sea el amanecer! Las ocho. El sol es inflexible, educado y reaccionario. Como hace mil años, puntual. Todo punto se define por su posición sobre un eje de coordenadas.

Sí, es cierto que los amaneceres son preciosos, pero ¡no ahora! O el sol sale muy pronto o yo necesito más tiempo para este examen. También es verdad que es reconfortante, que la niebla parece huir, despacio, que regresa la vida a nuestro cuerpo de ani-

males diurnos. Volvemos del mundo de los espíritus de la noche de las brujas y los sortilegios, a la luz. Pero el hielo del siguiente paso se está ablandando con el exorcismo, y yo no consigo despejar la maldita incógnita.

Empezar de nuevo no me sirve de nada. ¿Qué me voy a preguntar? Posiblemente esté mal la fórmula. Sí, eso debe ser, la fórmula. Con esta nieve-agua-incógnita ¿para qué quiero yo mis piolets? ¿Qué hago yo metido en este sitio, en este llo, en esta historia?

Y la niebla, ¿está bajando, o subo yo?, ¿hacia dónde? Una hora y media para los que tengan toda la asignatura. Una hora para los que tengan sólo la teoría de conjuntos.

Soledad, viento y... seriedad, un poco de seriedad. ¡¡No se pueden hacer dos cosas a la vez!! Me he preguntado qué hago yo aquí, pero no estoy dispuesto a contestarme. La función debe continuar aunque el trapecista no encuentre su trapecio. ¡Viva el circo!

¿Cuándo era el examen, el miércoles o el jueves? Me tenía que haber quedado a estudiar.

Como un vaho en el cristal, poco a poco, se va la niebla.

Como un recuerdo de otro tiempo una voz me grita:

—¿Qué, vas a montar reunión? ¿qué haces ahí parado?

—¿Te has olvidado de mí?

—No, no, qué va. Era por la niebla. Como no te veía...

Me explica la realidad, la noche clara. Que conjunto de dos elementos operado con X se convierte en un conjunto vacío.

Que no diga cosas raras. Que qué niebla, qué cristal, qué acuarela.

—Acaba de montar esa reunión que al final nos da la una y nos pilla la niebla de verdad.

Las reuniones, el hielo, piolet, crampones, cuerda, seguridad. Porque, ante todo, la seguridad que no falte. Consumimos seguridad y venimos huyendo de ella.

—¿Queeee?

—Ya, ya voy, te recojo. Estaba pensando; un poco. En cosas.

He de reconocer que es complejo esto, recordar una escalada, pensar en un examen y escribirlo todo. Sale lo que sale.

Desde la cumbre de mi sueño o mi recuerdo, un amanecer cualquiera hubiese podido escribir un relato maravilloso, con metáforas de exuberante literatura, extasiado por el paisaje invernal. Pero no sé, todavía, escribir ni en sueños, ni sobre la nieve con guantes. Por eso, desde un sillón escribo, no lo que fue, sino lo que el tiempo y las matemáticas me dejan recordar.

Como a través de la niebla.

Un día de Junio.

Una vía en Pirineos. Un invierno.

Un examen, el viernes.

